

Chisporroteos

(Columna de Alberto F. Cañas)

Uno de los libros importantes que ha publicado la Editorial Costa Rica este año, es LA COLINA.

La obra de Daniel Gallegos fue profusamente representada el año pasado, y luego fue distinguida con el Premio Aquileo Echeverría de Teatro correspondiente a 1968. No es obra desconocida para un gran sector del público.

Sin embargo, aun los que la vieron en el montaje que de ella hizo Carlos Catania con el Arlequín, se interesarán en leer la obra ya publicada.

Y es que "La Colina" no es de esas piezas teatrales que una vez vistas se olvidan, porque no tenían otra intención ni otro mérito que el de entretenernos un rato en una noche que nada mejor teníamos que hacer. "La Colina", aparte su valor dramático, es obra literaria. Y leerla es recrear una experiencia teatral o (para quien no la ha visto representada) entrar en contacto con una mente fina e incisiva que se ocupa socarronamente pero con trágica preocupación, de uno de los temas inquietantes de nuestro tiempo.

Este tema es la muerte de Dios. No es que Dios muera en "La Colina"; es que la humani-

dad decide que ha muerto, y esto conduce a Gallegos a toda clase de reflexiones y consecuencias, sutilmente hiladas dentro de una textura dramática de primera magnitud.

A la larga, se nos ocurre, la obra está impregnada de un profundo espíritu religioso, y esto no lo pudieron o no quisieron verlo quienes se limitaron a escandalizarse (cuando el estreno) con la crudeza y violencia de algunas escenas.

La edición es hermosa, cuidada y correcta. Una bella carátula de Dinorah Bolandi la realza.

Es bueno que se haya publicado este drama (o auto sacramental como —a nuestro juicio incorrectamente— lo llama su autor). Las obras teatrales tienden a desaparecer; el dramaturgo se contenta con que se estrenen, no se preocupa de que se impriman, y luego se pierden.

No tienen ustedes idea de la cantidad de obras de teatro costarricense que ya no es posible localizar.

Eso no pasará con "La Colina".